

César
Romero

Campo
de minas



Paréntesis

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

El Domador, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

Los agujeros negros, AQUILINO DUQUE

El aprendiz de emigrante, ROBERT LOUIS STEVENSON

Cartas de Nueva York, JOSÉ MARTÍ

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

El año de Malandar, JUAN VILLA

La carpa de oro, CHARO PRADOS

El hombre encuadernado, BRUNO MESA

Mi vida sin Eva Gundersen, MANUEL J. RAMOS ORTEGA

El libro del sabor nuevo, ELENA RODRÍGUEZ



César Romero (Sevilla, 1970), licenciado en Derecho y en Ciencias de la Información, es autor de los libros de relatos *La cerilla de Faulkner* (Capela, Sevilla, 1998) y *Todo suena* (Ediciones Irreverentes, Madrid, 2007) y de la novela *Tierra de orates* (FMC José Luis Cano, Algeciras, 2001). Ha colaborado, publicando relatos, artículos, críticas y reseñas literarias, en periódicos como *Diario de Sevilla* y *Diario de Cádiz* y en revistas como *Lateral*, *Mercurio*, *El ojo de la aguja* y *Ariadna*.

*Para María Dolores Mejías Tovar
y Antonio Romero Ponce,
in memoriam*

*Y para Mar G. Gordillo,
otro tercio en espera del tercero*

«En los días tranquilos,
la memoria siempre tiene razón.»

Eduardo Jordá

«Cuando la vida se vuelve más intensa,
se vive menos plenamente.»

Juan Luis Romero Peche

Fragmento de muestra de *Campo de minas*

Luego alguno de los invitados pensaría que si en verdad deseaba quitarse la vida no hubiera subido a aquella terraza, ni esperado no se sabe cuánto tiempo, vestida de ridícula princesa trasnochada cuyo regio padre se dispone a anunciar el esperado enlace que garantizará la continuidad del imperio, allá arriba, las gasas de la falda al viento tranquilo de la noche, sin apenas movimiento, las manos encrespadas y aferradas a la baranda, pendientes del menor desliz y sin embargo deseando deslizarse inconscientemente un toque de atención, una llamada silenciosa al invitado más avisado que alertara sobre la presencia de la presunta suicida y joven agasajada con semejante fiesta en aquella terraza, con la inequívoca intención de poner fin a sus cortos días. Quizá por eso, al mover con una lentitud exasperante los pies sobre el borde de la baranda, cayeron unos restos de polvo o tierra que fueron observados por algunos como una suerte de lluvia artificial, no de *confetti* o agua en polvo para refrescar el ambiente, sino de copos de espuma cuyo lanzamiento serviría para introducir un punto de descocamiento en la acartada celebración, quién sabe si para asistir al despendole de alguna alambicada señora con una copa de más, o al atrevimiento de algún provento magnate con ocultas, y en otros tiempos así llamadas, desviaciones sexuales. Levantaron todos las cabezas, no hay como que en una reunión social alguien haga algo para que los demás sigan su compás, levantaron las cabezas y miraron al tejado y enseguida a la terraza y un silencio despavorido se apoderó de la fiesta.

Qué hace esa niña ahí, porque pese a la treintena aún era la niña, qué hace esa niña. Algún invitado, perdido entre la

masa que ahora se arremolinaba bajo la terraza, gritó, con tono marcial, esa música, diablos, esa música, no está el horno para orquestas, a lo que desde otro lado aún más perdido le replicaron que no pare la música, la música debe continuar, amansa a las fieras y en momentos así es cuando no debemos perder la calma, recuerde el *Titanic*, caballero, aquellos heroicos músicos no dejaron de tocar ni siquiera cuando el hundimiento hizo perder el equilibrio a sus afinados instrumentos. Qué música ni qué música, se oyó entre lo que iba siendo ya un gentío, usted ha visto más películas que el león de la Metro, como que me voy a creer eso de la flema inglesa y que no dejaron de tocar. El león de la Metro no podía ver películas porque estaba de espaldas a la pantalla, no, cariño, preguntó en voz baja alguien, pero no lo suficiente en el silencio hecho de súbito por los asistentes y los músicos como para no provocar las risas reprimidas de los congregados y la vergüenza del preguntado. No te calles, tú no te calles, masculló este entre dientes. El león de la Metro no veía películas porque se quedaba dormido, no recordáis cómo se le abría la boca antes de cada proyección, soltó el gracioso de turno, expectante ante la aceptación de su chiste entre la concurrencia, que pese a la distracción y las copas vivía angustiada la incertidumbre del momento, y quizá para soltar tensión, o la educada contención de la risa anterior, rió con carcajadas la ocurrencia. El chistoso, crecido, pidió a la orquesta un redoble de tambores, para acompañar el salto mortal, dijo. No tiene ninguna gracia, le contestaron entre el gentío. Cállese de una vez, payaso, añadió una voz, con el anonimato y la cobardía de quien se cobija bajo la gente.

Un hombre joven salió de entre los invitados agolpados bajo la terraza, subió un escalón y, moviendo las palmas de las manos hacia abajo varias veces, pidió calma. Señores, señores, no es momento para dimes ni fletes. Ante todo les imploro que guarden orden y tengamos la fiesta en paz. No estamos aquí reunidos para dirimir si en situaciones extremas como la actual es

la música una solución o simplemente un buen colutorio. Hable en cristiano, que no se le entiende. Disculpad, disculpad, pero hasta ahora no os hablaba como alcalde o primera autoridad de esta villa, sino como médico, pues creo que la circunstancia me pedía una actuación más terapéutica que política. Pero está visto que en este país no se puede ser dos cosas a un tiempo, como dice no recuerdo quién, con indudable acierto. Así pues, como primera autoridad de esta villa os llamo al orden y la colaboración y os pido que entre todos demos una salida a este conflicto. Porque una cosa está clara, y la democracia no ha venido sino a corroborarlo: lo que el pueblo hace unido jamás es vencido. Así pues, amigos y amigas, paisanos y paisanas, que la música siga sonando, bailen, bailen, bailad, bailad benditos, aquí no ha pasado nada, o es que veis algo que mis ojos no vislumbren. Ah, mi querida señorita: jugando a doña Julieta, ahí arriba, henchida de alcohol, esperando que vuestro galán y prometido se suba a vuestra parra por alguna de las preciosas columnas que sujetan el desamparado techo de esta bella villa que vuestro padre construyó con tanto esfuerzo y, por qué no decirlo, sí, pese a lo austero y vulgar del término es resumen y epítome del trabajo bien hecho: sudor. Sí, sudor. Esta noble casa que vuestro padre mandó construir con el sudor de su frente, para tu añorada madre, más recordada por cuantos como yo, por nuestra desventurada juventud, no hemos alcanzado a conocerla entre nosotros, por más que hoy lo esperábamos, pero cuyo eco aún percibimos, como esas lejanas notas que empiezan a sonar, más fuerte maestro, que se oiga bien, escúchala, niña, escucha esa música, tienes todo el tiempo del mundo, mira qué melodía, canta conmigo, todo el tiempo del mundo, y cuanto más pase más tiempo tendrás, así maestro, así, con arrebató, con dulzura. Crees, dime, mírame a los ojos y dime, Dulcinea perdida: crees que tu padre, el hombre que más y mejor ha trabajado por el desarrollo, sostenible y no sostenible, de esta comarca, que durante años, desoyendo los dulces cantos de cisterna que le llovían

desde los grandes emporios de la nueva economía y los centros de decisión, se ha mantenido fiel a su terruño y ha laborado por todos nosotros, crees, niña mía, que puedes pagarle peor. No te avergüenza que el día en el que, preñado, sí, preñado de orgullo, iba a anunciar tu compromiso, el que va a ser el día más feliz de tu vida, con ese joven envidiado no sólo por sus muchas virtudes sino por el valor añadido de haber conquistado tu bello y duro, sí, duro, corazón, tu padre sufra esta esperpéntica puesta en abismo. Qué bien habla, verdad, comentaron entre la gente. Silencio, no es vuestro alcalde quien habla, es el pueblo, a través de mi modesta voz, quien habla, porque creedme si os digo que estas palabras que estoy diciendo son vuestras, que no hago sino expresar el sentir popular cuando así me expreso, por eso os pido que renovéis vuestra confianza en mí, y en mi equipo, para que podamos seguir trabajando, como venimos haciendo, codo con codo, por el relanzamiento y, como dicen los italianos, el agotamiento de esta magna villa que jamás debió conocer la crisis y el abandono a que condujeron las frustrantes políticas de gobiernos y aun regímenes anteriores y para cuya superación este simple mandatario requiere aún del concurso de vuestra voluntad y de pongamos que veinte años a vuestro servicio.

Algunos asistentes se desataron en una salva de aplausos, los músicos dejaron de tocar la empalagosa melodía que estaban entonando y empezaron a hilvanar las notas del himno de campaña del partido político al que pertenecía el alcalde, la joven agarrada a la baranda soltó las manos para aplaudir y vitorear, uniéndose al fervor originado por las palabras del alcalde, y se vino hacia delante, perdiendo pie. Los invitados gritaron un oh sordo, la música paró, la joven logró agarrarse *in extremis* con una mano, no pudiendo evitar la caída triste, lánguidamente seguida por la concurrencia, de uno de sus bellos zapatos. El alcalde, rápido de reflejos, se lanzó en pos del complemento a la vez que desde dentro de la casa empezaron a oírse las campanadas de medianoche. No te lances, ya subo a calzarte si así lo

deseas, pero no muevas un pie. Paisanos y paisanas, escuchad, escuchadme todos a una. He aquí el símbolo. Mirad este bello y minúsculo zapato. Este es el símbolo de la nueva andadura que quiero para esta comarca que va a renacer, que debe renacer cual Ave César de sus cenizas, nunca mejor dicho, esas cenizas del inservible carbón que aún atufa el municipio y que son el rescoldo del fuego no apagado de nuestra riqueza venidera. Contempladlo, porque él es la cifra de lo que está por venir, que es lo venidero. Porque he tenido un sueño, he soñado que en este castigado y querido pueblo no había desempleados, sí, no había desempleados; he soñado que nuestros mayores, de la tercera y la que se tercie edad, viajaban felices a conocer otras tierras y otros pueblos y volvían para contar sus vivencias a sus ansiosos nietos, sí, volvían para contarlo; he soñado que el proyecto de ruta rural que la oposición se empeña en criticar era abrazado por todos y en unos años ponía a nuestro olvidado, a nuestro injustamente olvidado municipio a la cabeza de la provincia. Sí, he soñado eso. Maestro, un poco de música, por favor, entone una oración por usted, por nosotros, por ella, por todos.

La música empezó a sonar y los invitados se miraron unos a otros, no sabían si con ganas de bailar, de subirse por las columnas a salvar a la joven agasajada y suicida, o de alzar al alcalde entre todos y llevarlo en volandas hacia donde les ordenara. Un hombre de mediana edad comenzó a abrirse paso entre el gentío apelotonado bajo el balcón. Aunque le hubieran cortado el esmoquin a medida lo llevaba como si fuera de un barato alquiler. Se acercó al peldaño desde donde peroraba el alcalde y, sin esperar a que la música callase, se dirigió a la joven. Rita, por favor, baja de ahí. Escúchame, Rita. No pienso escucharte, déjame en paz. Además, no me llames Rita, me llamo Margarita. Rita, por favor, si no lo haces por mí, al menos hazlo por tu padre. No le des más disgustos y baja de ahí, antes de que te vea. Olvídame, y si tanto lo quieres cástate con mi padre en vez de conmigo. Rita, por favor. Que no me llames Rita. La joven

se soltó de nuevo de la baranda, la música paró otra vez y el gentío se arrojó en torno al novio despechado, que comenzó a frotarse las manos con nerviosismo. El alcalde se acercó, el minúsculo zapato aún en la mano, y pidió calma. No te sueltes, si no quieres atender a los ruegos de este apuesto joven atiende a la voz democrática del pueblo que desde aquí, por boca de su legítimo representante elegido por sufragio universal, libre, directo, gratuito, secreto y no sé si me olvido de algo más, te pide con vigor insoslayable que depongas tu actitud y depongas de una vez por todas. La joven volvió a agarrarse a la baranda y un suspiro generalizado de alivio recorrió los jardines donde se celebraba la fiesta. El director de orquesta marcó el inicio de una nueva pieza y el alcalde entregó el zapato al hombre del esmoquin. Tome, Príncipe Azul, no sabe usted cómo le envidian los jóvenes de esta villa y otras próximas, y cómo le envidio yo. Si no fuera porque ya estoy soltero dura competencia le habría salido, pero no tema, y perdone mi absoluta falta de modestia, en mí siempre encontrará un aliado y un cayado en el que apoyarse en tan duros momentos, que uno tiene que estar no sólo para las maduras sino también para las maduras. En fin, ande, no se embohe y pídale la mano, o, mejor dicho, el pie, pruébele el zapatito y si le está bien, ya sabe, ella es la cenicienta que se convirtió en princesa para usted. Entonces podrá decir aquello de colorín colorado, el cuento de nunca acabar ha empezado.

El hombre de mediana edad vestido con esmoquin cortado a medida de alquiler tomó en sus manos el pequeño complemento que la joven Rita, o Margarita, había dejado caer embargada, o embriagada, por la emoción de escuchar las bellas palabras de su alcalde, o por las copas acumuladas durante el aperitivo, lo miró y remiró, dándole nerviosas e insistentes vueltas, sin saber qué podía hacer con él, o cuál era la acción deseable, y, empujado por el rumor creciente de los invitados, que a medias voces y como en sordina pedían que se lo calzara, ande, suba y pruébeselo, vamos, arriba, se guardó el zapato en el bolsillo derecho del es-

moquin, asomando su minúscula puntera a modo de mascota resguardada de la intemperie, y se encaminó hacia una de las columnas que sujetaban la terraza desde donde la joven Rita, o Margarita, amenazaba tirarse. Inició la torpe ascensión de la misma, vitoreado por los asistentes, que lo llamaban Romeo y Príncipe Azul y lo jaleaban como si estuvieran viendo una representación teatral o un drama operístico en vez de una escena real como sus vidas mismas. Paisanos y paisanas, callad y observad esta bella escena, no perdáis detalle, porque pasarán los años y los años, pasarán los gobiernos y aun este modesto servidor, Dios no lo quiera, dejará de ser vuestro alcalde, y todavía los vecinos del lugar y de allende nuestro municipio se harán lenguas de cuanto estáis viendo. Así que callad y mirad, ved cómo el amor arrebatado conduce a este hombre, de natural apocado y tímido, hacia las más sublimes alturas, cómo no duda en desdeñar el peligro y el vértigo y sube por la resbalosa columna, en pos de su huidiza amada, que como buena amada se hace cortejar, desdeñosa, y aun finge querer suicidarse, seguramente invocando otro amor que ella cree más fuerte, pero que no disfruta del vigor y el temple y la temperatura de este cuyo anuncio estamos celebrando. El hombre del esmoquin se paró a media columna, se agarró fuertemente a ella y giró con lentitud el cuello. Una muchedumbre de cabezas y bocas y ojos expectantes lo aguardaba a poco menos de un metro más abajo. Pensó en desistir, siempre había sufrido vértigo, aun en el colegio, en las clases de formación física, era incapaz de gatear por el palo de diez o doce metros al que los obligaban a subir, menos mal que su padre habló con el director, el hermano Faustino, más conocido entre los alumnos como la Faustina, habló con el hermano Faustino y rápidamente fue eximido de aquellos ejercicios físicos tan desagradables. Estaba agarrotado, abrazado a aquella columna infame y acordándose del lejano hermano Faustino, la Faustina y también Bocachocho, los niños son de una crueldad extrema apodando, y recordó el día en que, mientras leía un texto de Historia, de

pie, sobre la tarima, junto al hermano sentado a su mesa y tapada la parte baja de su cuerpo de la vista de sus compañeros, la Faustina le abrió los botones y le cogió la minina, entonces se la llamaba así, de tan ridícula manera, la minina, y siguió leyendo mientras Bocachocho, extasiado aparentemente en la belleza del texto histórico, se la tocaba y hacía extraños movimientos con ella entre sus manos. Miró hacia abajo y empezaron a temblarle las piernas, las engarfió con más fuerza en torno a la columna y recordó cómo cerró las piernas, dejando apresada la mano de don Faustino, y la beatitud facial del hermano se transformó en extrañeza y luego en ira, hasta que logró desprender la mano de aquel cepo de piernas. Te vas a enterar, murmuró, y ya nada lo eximió de subir una y otra vez aquel palo de vértigo, aquella cucaña sin sebo, hasta que su padre amenazó con retirar los generosos óbolos cuya aportación tanto beneficiaban a la comunidad y el niño ya nunca más tuvo que subir por aquel palo ni leer en clase, ya nunca más fue suspendido ni invocado como ejemplo, sino que fue discretamente puesto entre paréntesis. Pero ahora no estaba presente su padre para aliviarlo de la ascensión, ni para contener o convencer a aquella muchedumbre enfervorizada por la escena de opereta que le estaban brindando una joven alocada, indigna de su apellido, un apocado maduro que iba a apostar su heredada fortuna a aquel número incierto y descalzo y un alcalde verborrágico, falso predicador de mala comedia norteamericana.

IR A LA FICHA DEL LIBRO

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.